

## Para un concepto de lo político

*Héctor Muzzopappa*

De todos los fines que el hombre puede proponerse en su vida –dice Aristóteles– hay uno solo que no es medio para otro; ese fin está en la polis. La polis es aquella forma de convivencia que pudiendo haber surgido en función de la mera vida existe sólo en función del *eû zên*, la vida buena y feliz. La polis es fin en sí misma.

La actividad que la anima es la política. La dignidad del fin determina la jerarquía y dignidad del obrar del hombre. En tanto viviente político accede a la suprema dignidad de este mundo. El hombre es libre porque decide y realiza su mundo.

El diccionario define la política como “arte de gobernar”. Gobernar supone una acción sobre los demás. Contemporáneamente, el gobernar sobre los demás ha sido calificado como dominio. Pero éste es *una* de las formas de gobernar. “No es lo mismo el gobierno despótico que el político”. El despótico se ejerce sobre esclavos, el político sobre hombres libres.

Definir la política como dominio es definirla por lo que ella precisamente no es.

### La fundación del sentido

La política es el modo de obrar de los seres libres. Libertad no como “ausencia de impedimentos” sino como capacidad de formularse los fines del obrar. Política es pues gobernar y ser gobernado, gobernarse.

Política es práctica de la libertad; su consecuencia, la producción de un mundo libre. Ella es una actividad que funda entre los hombres algo esencial para su dignidad. Pero esto no acontece como consecuencia de una ley natural. La política es algo que debe ser creado entre los hombres que coexisten. Ella es así también el proceso mediante el cual se transita de una condición a otra esencialmente distinta.

Este salto es posición originante, decisión de construir un mundo cuyas leyes no sean ajenas a quienes viven en él. Es la conjunta generación de lo común. Esta acción es el *acontecimiento* en el cual se funda una nueva realidad (un nuevo sentido); en ella se hace manifiesto el otro y el comienzo del camino del reconocimiento. El sí mismo y el otro en su genuino significado se erigen siempre sobre el suelo de esa conjuntamente fundada nueva realidad.

La política es, en su sentido esencial, abrir un mundo, fundarlo. El punto más alto de la libertad no reside en el obrar arbitrariamente en un espacio previamente dado, sino en fundar y desplegar una nueva realidad. La creación sería así el modelo eminente del obrar político.

Pero la creación no debe ser concebida como la producción de un objeto externo, que devendría ajeno una vez concluido. La creación es una vida que genera las condiciones esenciales para el despliegue de sí misma. La creación es un acto que vuelve sobre su creador; de esta manera se consume como permanente autoconstrucción.

La política es la vida que funda y recrea un espacio originario. En ese hacer, la vida se despliega y se consume; éste es un fin. Un fin originariamente supuesto en el *sentido* del acto fundacional.

En él, el fin se presenta bajo la doble forma de lo vivido como necesario, como aquello que no puede no ser, porque es el contenido de la vida misma, y al mismo tiempo como lo no conocido en sus necesarias determinaciones.

Es proyecto y pregunta. Proyecto de hacer pleno algo que ya se vive, pero que aún no se sabe. Puesto el fin se hace necesario determinarlo y realizarlo. Esta determinación y realización, en tanto respuesta a una pregunta, es lo construido permanentemente en la configuración deliberativa a partir de lo supuesto en el acto fundacional. Lo fundacional, lo puesto originariamente como sentido del fin, es el *supuesto* de las posteriores determinaciones.

De aquí se derivan dos características esenciales de lo político: la necesidad de un fin, la no necesidad de *un* determinado fin. La política es vida que funda su fin y vida que delibera y construye su fin. Es voluntad que funda un mundo y que lo determina. Este movimiento es su método.

La fundación es también co-fundación; allí acontece el punto de partida del pleno reconocimiento con el otro, es el común destino. En la cofundación nace el común destino. Lo común del destino instauro y legitima también al otro. Sin embargo este común destino, como se dijo, no está predeterminado. La no predeterminación del destino está fundada en un doble plano: a) en tanto no puede pensársela como previamente determinada, todo lo que abre la vida deberá ser determinado por ella, b) que cada vida está dispuesta –por su participación en el acto fundacional– para desvelar y construir el pleno contenido del sentido puesto en el acto fundacional. Hay múltiples otros en donde el problemático sentido fundacional se abre en múltiples caminos posibles.

Al acontecimiento de la fundación sucede el de la planificación del contenido supuesto. Queda abierto así el proceso de la multiplicidad de contenidos.

Cada otro supone un determinado sentido de lo común. Lo común se libera en la espontaneidad creadora de cada otro y se expande al poder vivirse y decirse de muchas maneras. Lo común es ahora la riqueza del contenido, los múltiples sentidos implícitos como *indeterminada posibilidad*. Pasar a la determinada realidad supone el acto creativo. Lo común es, pues, opinión y acción sobre lo

común. Lo común se transfigura en diversidad, y adquiere la apariencia de lo fragmentado y externo. Se hace presente aquí el otro de cada otro. Al plano de la comunidad sucede el de la sociedad.

## La liberación de lo otro de sí mismo

Los impulsos de la naturaleza tienen en cada otro el doble sentido de lo nuevo y espontáneo (del crecimiento de la vida) y de la mera conservación (de lo privado (*to ídion*) esto es, de lo privado de lo común). En la preeminencia de lo nuevo y espontáneo sobre lo privado, y en el darlo a lo común reside un segundo momento de lo político, el desvelamiento de este otro del otro. Es también el camino del desvelamiento del problemático sentido latente en el acto fundacional de lo común. Este desvelamiento acaece en la liberación de lo propio, que es dar a lo común lo nuevo y espontáneo de cada sí mismo. Se produce así la liberación en lo social del contenido latente en la comunidad fundacional.

Por medio de él el sentido supuesto del fin comienza a hacerse presente. La comunidad fundacional toma la forma de múltiples proyectos posibles. Estos múltiples proyectos posibles se asientan a su vez en construcciones singulares, diversos modos de realizar aquel presupuesto. Lo presupuesto empieza a dejar de tener su carácter latente para tomar la forma de construcciones manifiestas. Estas construcciones reconocen su potencia en el otro de sí mismo, en la infinita capacidad de liberar contenidos presente en la *naturaleza* de cada hombre y cada grupo de esa comunidad.

La liberación de tales contenidos expande la realidad, desde distinta perspectiva, pero sobre el mismo suelo. La liberación del otro de sí mismo permite la aparición del otro de mí mismo. La indeterminada posibilidad del acto fundacional era también posibilidad de reconocimiento no determinado aún. Era el reconocimiento posible. Con la liberación del otro de sí mismo y la aparición del otro de mí mismo comienza el camino del reconocimiento real.

El otro de mí mismo es proyecto divergente. Es otra perspectiva: es la conversión de la indeterminada posibilidad de lo co-fundado en realidad determinada. Esa realidad introduce lo nuevo. Otro tanto ocurre con mi perspectiva. Las múltiples perspectivas generan una dimensión caracterizada precisamente por ese entrecruzamiento. Este puede derivar hacia la total divergencia, y por lo tanto hacia la disolución del suelo de lo comúnmente fundado, o puede derivar hacia el crecimiento de las múltiples perspectivas.

El crecimiento es posible por la incorporación de la perspectiva del otro en la propia, y en la devolución al otro de su perspectiva desde la propia. Es un enfrentamiento de voluntades, en donde la resolución positiva reside en la incorporación del otro en la perspectiva propia. Esto es posible merced a la previa participación en la fundación de lo común, que es el presupuesto del enfrentamiento. La incorporación de la perspectiva del otro es la deliberación, su devolución la voluntad y todo el proceso el diálogo.

El diálogo es enfrentamiento de voluntades mediado por el reconocimiento de la necesidad de la perspectiva del otro.

El proceso de la deliberación y el diálogo general un segundo estrato de reconocimiento, construido sobre la "materia" de lo fundacional. Es aquella nueva "dimensión" de la que hablábamos más arriba, que constituye un nuevo ámbito de lo común, mediado ahora por el entrecruzamiento y enfrentamiento de perspectivas, que no es sino el resultado de la liberación y elaboración de lo otro de sí mismo y lo otro de mí mismo.

La deliberación y el diálogo permiten la exteriorización y determinación de aquello que en el acto fundacional existía como indeterminada posibilidad.

Este recorrido es posición de sí mismo como identidad.

Pero el reconocimiento en los dos planos enunciados no constituye lo plenamente político. Lo político no resulta de ellos. Con la realización de esos dos planos podemos obtener una mera comunidad cerrada sobre sí misma; pero esa

situación, por no ser la consumación de lo político, puede llegar a ser condición para el dominio de cualquier poder. Para acceder a lo político es necesario integrar a la dimensión del otro de mí mismo, el prójimo, y a la dimensión del otro de sí mismo, la naturaleza, con la dimensión del otro de nosotros, la otra cultura. En esta última las dos anteriores reciben su consumación.

La otra cultura es la que no participa de la común fundación. Por esa razón la relación con ella comienza siendo relación con lo extraño. Pero lo extraño es lo extraño al hombre, y fuera del hombre no hay política, sino dominio. Tanto el ejercicio como el padecimiento del dominio instauran el ámbito de lo no político. No hay reconocimiento del otro por el otro ni en la fundación ni en la expansión de lo común. No hay interrelación simétrica; hay relación asimétrica. No hay deliberación y posibilidades, sino órdenes y necesario sentido “natural”. No hay valor internamente construido sino valor impuesto. Frente a esta situación la comunidad descripta padece el poder total. El poder, en los anteriores momentos ya estaba presente, pero nunca bajo la forma de la totalidad, esto es, bajo la forma que se arroga la imposición del *sentido* sobre el cual se construye la íntegra comunidad. Tal sentido puede ser positivo (el darle a esa comunidad una determinada forma por medio del dominio) o negativo (introducirle el principio de la descomposición). La presencia de la otra cultura plantea el problema del reconocimiento de la íntegra cultura propia: de sus valores fundantes y de la libertad para realizarlos.

La presencia de la otra cultura plantea así el problema de la traducción de todo el devenir expuesto bajo la forma del poder. De un poder que, al pueblo en cuestión, le permita *ser*, le permita liberar su potencia creadora.

## La política

Frente al extraño no hay dimensión política; hay sólo dimensión natural.

Constituirse en poder es lograr el reconocimiento del extraño en la dimensión en la cual se plantea la relación de dominio: en el de la vida.

Una comunidad se consume como poder cuando es capaz de poner en peligro la vida de lo extraño que amenaza su capacidad de poder generar autónomamente las condiciones de su propia vida.

Esta condición es la condición de posibilidad de lo político como asunción externa del sentido originariamente puesto en la fundación y desarrollado en la liberación de lo social. Es la constitución deliberada de esa comunidad en poder; para ello es necesario un proceso que reconduzca la diversidad liberada en lo social hacia la integración de esas fuerzas en torno al valor común puesto en la fundación. Es necesario que lo diverso pueda actuar como una persona. Esto es lo mismo que hacerlo en torno a un proyecto. A un proyecto que no es sino el “alma” de tal conjunto de diversidades. En él el fin supuesto en la fundación adquiere forma explícita: es posible meta común, destino.

A su vez tal conjunto de fuerzas diversas en tanto “sociales”, pero integradas como poder, son la corporización de tal proyecto. Esta es la base de todo “sistema político” en sentido positivo (partidos y Estado).

Los partidos son los diversos puntos de vista de la posible integración en un proyecto común, y el Estado el lugar de su acuerdo operativo. Con ésta, su integración mediada por la deliberación de las posibles alternativas, el pueblo en cuestión es capaz de proyectarse como poder, y está en condiciones de lanzarse a la lucha por el reconocimiento de su propia otredad. Con este proyecto un pueblo se lanza a la consumación de lo político que, merced a la presencia de lo extraño, está bajo la forma de algo a conquistar. Conquistar lo político es establecer un sustrato común con la otra cultura.

Pero esta tarea no es solo algo referido a lo “exterior” del pueblo que busca su reconocimiento; constituye también la estructura de su sí mismo. En el límite por su reconocimiento, en el límite entre su vida o su muerte como pueblo histórico, sus hombres dan nacimiento al *sentido* de lo común, aquel sentido supuesto pero ya presente en el acontecimiento fundacional. La lucha por la propia posibilidad de ser, y el modo en el que se lo resuelve, constituye el

acontecimiento fundacional por excelencia. La vida íntegra de un pueblo y las diversas etapas que cumple están fundadas en estos acontecimientos. De ellos deriva el carácter de cada época.

La lucha por construir (por crear) su propio mundo es la fuerza y la sustancia que delinear el círculo de lo político. En ella se construye tanto la propia identidad frente al otro, como la diferencia frente a sí mismo; y en el reflejado proceso en la otra cultura se produce el mutuo reconocimiento.

El poder que pugna por la identificación, la diferencia y el reconocimiento que constituyen lo político se corporiza en una entidad que puede ser llamada de diversas maneras, pueblo, nación, comunidad, etc.

Con ese poder adviene no sólo un pueblo, también adviene la historia. La historia no es una línea universal sino un entrecruzamiento de pueblos, de voluntades que abren y crean, cada una por su lado y todas juntas, una nueva realidad que tiene sus caracteres en el proceso descripto.

Mediante él lo político es creación (no superación, totalización o aniquilación). Es la creación de lo siempre otro y la diferenciación de lo indiferente, de lo sin identidad. Es la creación de la identidad, o si se prefiere, de la diferencia; o también, de la condición de posibilidad de ambas.

Los hombres se identifican, se reconocen y diferencian en tanto vivientes políticos, en tanto participantes de un determinado proceso de reconocimiento que constituye su situación. De un determinado territorio que poseen y que también son, y de una determinada tradición que han recibido y que devuelven bajo la forma de la historia que realizan. A partir de aquí es posible hablar de "sujetos políticos" que puedan ser invocados como algo propio por cada hombre, que puedan ser aquello último en lo cual se reconocen como en algo necesario: como algo necesario cuya pérdida es la pérdida de la vida.